

un maestro. A los catorce años de edad se podía enviar al muchacho a la par de un artesano o un comerciante para que aprendiera su llamado desde los primeros fundamentos. Esto generalmente requería siete años de dura labor para llegar a dominar las habilidades necesarias, y el aprendiz vivía en el hogar de su maestro. Los padres buscaban buenas oportunidades para sus hijos, sabiendo que, una vez que se tomara la decisión había pocas probabilidades de cambiar. La universidad era una opción para aquellos que contaran con más recursos financieros. De modo que, una vez más, las grandes decisiones de la vida no se dejaban al azar o a los caprichos siempre cambiantes de un adolescente. Los padres trabajaban duro para ayudarles a sus hijos a desarrollar las habilidades necesarias para cumplir su llamamiento.

Aunque los deseos de los hijos eran tomados en consideración, en última instancia, los padres tomaban la decisión final. ¿Quién conocería las fortalezas, debilidades y talentos de un hijo mejor que sus padres? Así que, los niños Puritanos no solamente eran amados y bien disciplinados, sino también productivos desde una edad muy temprana. Eran capaces de ejercer dominio a través de su llamado. La indolencia, la rebelión y la angustia adolescente no eran problemas comunes en Nueva Inglaterra.

Continuará ...

E-Mail: domadar@yahoo.com - Telf. 575-1000
Website: www.contra-mundum.org/renovacion.html

Nº 194

*Comunidad
Cristiana*
Renovación
Nº A-03

La Justificación | Tratando con los
Adolescentes en
Rebeldía

*Primer
Servicio
de
Membresía*

La Familia Puritana
II de Febrero, 2007

Primer Servicio de Membresía

Por Donald Herrera Terán

“Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo” (I Corintios 12:13).

Ser miembros los unos de los otros no es algo que nosotros decidimos ser. ¡Dios lo ha planeado así para nosotros! Al tratar de interpretar la realidad de la *membresía* como algo meramente institucional dejamos de percibir su realidad profundamente espiritual. Ser parte del Cuerpo — en un sentido plenamente bíblico y funcional — forma parte de los maravillosos dones de Dios para mi vida incluidos en el conjunto de la SALVACIÓN.

Hoy, varias familias y hermanos estaremos *expresando audiblemente* nuestro compromiso de caminar en unidad los unos con los otros. Hacemos esto no porque pensemos que podemos — en nuestras propias fuerzas — honrar estos compromisos, sino porque nos disponemos en las Manos del Dios que nos ha salvado para concretar estos compromisos para la edificación de nuestros hermanos y hermanas. Una vez más, no recurrimos a algo que haya en nosotros mismos. Esto es reconocer la Gracia de Dios en medio nuestro.

Hoy damos un paso más en nuestro entendimiento de la participación en la *Cena del Señor*. La segunda parte de I Corintios 12:13 nos recuerda: “a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu.” Para que nuestra salvación se llevara a cabo se nos dio a beber de Su Espíritu. ¡Y a todos se nos dio a beber del único y mismo Espíritu! Eso crea una unidad espiritual que ahora simplemente reconocemos en lo exterior.

En la dinámica social del Nuevo Testamento esto es un paso más hacia la EDIFICACIÓN del Cuerpo de Cristo. Nuestros hijos — y el mundo — serán testigos de una acción *verbal* concreta que luego respaldaremos con nuestras acciones diarias de sujeción los unos a los otros. La aventura de *ser miembros los unos de los otros* tendrá ahora un marco pactal: un compromiso *verbal* pronunciado en pleno uso de nuestra conciencia.

Con la ayuda del Señor esperamos HONRAR estos votos que hoy pronunciamos para Gloria del Nombre del Señor y para la EDIFICACIÓN de las familias, hermanos y hermanas con quienes Dios nos ha unido en Pacto.

AMÉN

La Familia Puritana

Algunas reflexiones de cómo los Puritanos perdieron a sus hijos

Por Rev. Brian M. Abshire

(Segunda Parte)

El compromiso Puritano con la familia se extendía al proceso de encontrar buenas parejas para sus hijos. Tales matrimonios se llevaban a cabo con el consentimiento de los hijos, y con frecuencia, a instancias de ellos. El romance no era algo desconocido, pero no era el árbitro final para determinar un compañero apropiado de por vida. La religión era la consideración preeminente cuando se escogía un cónyuge para sus hijos, con las finanzas siguiéndole los pasos en un cercano segundo lugar. Solo entonces se le preguntaba al hijo, “¿Podrías amar a esta persona?” Los padres Puritanos hacían provisión tanto para el cuerpo como para el alma de sus hijos. Parece que solo ocasionalmente un hijo rechazaba las decisiones de sus padres. En la familia Puritana se esperaba que el amor siguiera después del matrimonio, no antes. Como resultado, las familias Puritanas eran extremadamente fuertes, las decisiones relacionadas con la vida no se basaban en las hormonas y no se esperaba que los hijos tomaran la decisión más importante de sus vidas en un momento cuando estaban muy poco equipados para hacerlo. Además, a los hijos se les protegía en ese entonces de ellos mismos. Aunque sucedían los pecados sexuales, al menos eran poco comunes (hasta la llegada del avivamiento donde los registros de nacimiento muestran una interesante tendencia en las parejas recién casadas a producir hijos después de seis meses de matrimonio.)

De igual manera se decidía la vocación futura del hijo. El concepto de “llamado” era crucial para la vida Puritana. Aunque se usaba principalmente en el sentido de salvación, también era verdad que los Puritanos creían que ningún hombre podía esperar la bendición de Dios en la vida a menos que entendiera el llamado que Dios le había dado para su vocación. Generalmente, se esperaba que el hijo mayor siguiera el llamado del padre. Si el padre había sido un mayordomo fiel, la mayoría de sus hijos podía esperar recibir una porción de su tierra o negocio. Sin embargo, las familias muy grandes, y la creciente clase comercial, significaba que algunos hijos tendrían que encontrar un llamado diferente al de sus padres. Era común el aprendizaje de un oficio al lado de

al impío. ¿Cómo pudo Él hacer esto? Justificar no significa hacer santo.

Pero Dios justifica al *impío*. Que esto es cierto es claramente apoyado por el uso que la Escritura hace de las palabras relacionadas con el verbo *justificar*. En todas partes se la usa como lo opuesto y lo antitético de la palabra *condenar*. La Biblia dice que el juez justo debe justificar al justo y condenar al malvado. La Biblia dice que es una abominación ante Dios que un juez justifique al malvado y condene al justo. La justificación es una declaración acerca de una persona — no un cambio en su naturaleza interna.

Vemos que la Biblia dice que por ejemplo: “Todo el pueblo ... y los publicanos justificaron a Dios.” Sería absurdo suponer que un publicano pecador podría hacer a Dios más santo. Ellos simplemente declararon lo que Él era. La Biblia dice que es un pecado que un hombre declare justo algo que es impío. Pero esto es exactamente lo que Dios hace. Y sin embargo lo hace sin pecar. ¿Cómo es que puede hacerlo? Lo hace por ese maravilloso método que es el evangelio. Lo hace por medio de su Hijo, el Señor Jesucristo. Somos justificados gratuitamente por su gracia mediante la redención que es en Jesucristo, a quien Dios ha dado como una propiciación — un sacrificio — por nuestros pecados para poder ser a la vez justo y justificador de aquel que cree en Jesús. Es por medio de Cristo que Dios hace esto.

La obra de Cristo puede ser dividida en dos partes. Los teólogos la describen como la obediencia *activa* y la obediencia *pasiva* de Cristo. En primer lugar tenemos los 33 años durante los cuales Él vivió una vida perfecta, obedeciendo totalmente todo mandamiento de Dios. ¿Qué tipo de vida requiere Dios para que tú puedas entrar en los cielos? El requiere una vida perfecta. ¿La tienes tú? “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mat. 5:48). No, no la tienes. Pero Cristo la vivió por ti — perfectamente, sustitutivamente, en lugar tuyo — y esa es la vida que Él está dispuesto a darte. La obediencia pasiva de Cristo (palabra de la cual obtenemos la palabra *pasión*) es la que Cristo soportó por nosotros, aquella que él sufrió en lugar nuestro, especialmente en la cruz. Es en la cruz que Cristo quita todo nuestro pecado, toda nuestra deuda. Pero es por medio de su vida, su obediencia activa, que se nos da una justicia perfecta que nos que nos permite estar en la presencia de Dios.

Continuará ...

Tratando con los Adolescentes Cristianos en Rebeldía

(Parte 18)

Por ejemplo, toda niña pequeña juega con el ruedo cuando usa vestido, llevándose lo con frecuencia hasta su cabeza para cubrirla con su enagua. Para una niña de 18 meses hacer esto es algo dulce e inocente, y honestamente no tiene ningún tipo de implicación moral. Una niña pequeña no tiene mucho sentido de la modestia a esta edad. No quiere dar a entender nada con esta acción y solamente un enfermo pervertido vería algo de inmodestia en ello. Sin embargo, si una chica de 18 años hiciera lo mismo, todos se horrorizarían por su falta de decoro. Me atrevo decir, pocas chicas Cristianas (si es que alguna) ni siquiera pensaría en hacer tal cosa y muchas incluso se indignarían por el hecho de que usé tal cosa como ilustración. Pero mi punto aquí es que de algún modo, en algún lugar, aprendió que esta acción no era simpática, sino inmodesta y ahora tiene una inhibición arraigada contra ella (aunque los padres que les permiten a sus hijas adolescentes usar enaguas cortas y bikinis son otro problema).

Esta damita aprendió una conducta modesta de dos maneras; primero, recibió un modelo de modestia de parte de su madre, hermanas, amigas y la cultura en general. Como mencionamos antes, nuestros valores y conductas son grandemente influenciadas por lo que vemos a nuestro alrededor. Pero, en segundo lugar, sus padres usaron sanciones negativas para inhibir la conducta inmodesta. Al principio pudieron simplemente decirle con amabilidad, pero firmemente, “las buenas chicas no hacen eso, cariño.” Todos los niños desean la aprobación de sus padres. Para algunos chicos, incluso la expresión más leve de desaprobación es suficiente como sanción negativa de modo que será menos probable que la conducta llegue a ocurrir. Además, el niño generalmente interiorizará aquella sanción negativa desarrollando una conciencia con respecto al asunto.

Sin embargo, algunos niños tienen la voluntad más férrea que otros. Se necesita algo más que una corrección. A veces el niño tiene que ser reprendido. Una reprensión es una corrección más rigurosa. Ahora el tono de la voz va más allá de la mera firmeza, y la desaprobación se expresa en términos claros y nada ambiguos. Una vez más, la mayoría de los niños responderá a esto y se lleva a cabo el mismo proceso de interiorización.

Sin embargo, para algunos niños, incluso una reprensión firme no es suficiente. Insisten en tener su propia manera, y por lo tanto, una nalgada puede ser lo apropiado. Las nalgadas nunca se deben dar porque el padre esté enojado con el niño y quiera emprenderla a golpes contra él, sino como la expresión suprema de desagrado ante la negación obstinada del niño a obedecer. El secreto para usar exitosamente las nalgadas como mecanismo de enseñanza es propinarlas hasta que haya arrepentimiento. Tristemente, mientras he mirado a muchos padres Cristianos propinar nalgadas a sus hijos, solo lo hicieron ante la más grave provocación, y luego solo empeoraron las cosas al no romper la voluntad rebelde de sus hijos. Entonces el niño se pone huraño y resentido, y tan pronto como se le pasa la insolencia va de regreso a la misma conducta que lo metió en problemas desde el principio.

Sin embargo, si propina nalgadas con la fuerza suficiente, con la idea de que su meta es convencer a aquel niño de que esta conducta es totalmente inapropiada y no será aceptada, verá un cambio en la actitud del niño. Casi siempre, he notado que cuando se propinan las nalgadas de manera apropiada, lo PRIMERO que incluso el niño más pequeño va a hacer es ¡levantar sus brazos a sus padres y desear su amor! Y claro, eso es EXACTAMENTE lo que necesitan y lo que debemos darles. Se impuso una sanción negativa contra su conducta inaceptable, ahora una respuesta positiva de parte de los padres refuerza el cambio de actitud.

Ahora, sé lo que algunos de ustedes van a decir, “pero, ¿eso solo es CONDUCTISMO!” No, mi amigo, no lo es. Es el método que Dios mismo usa para disciplinarnos y cambiarnos. Lea cuidadosamente 2 Timoteo 3:16-17 una vez más. Olvide por un momento que normalmente usamos este versículo como un texto para probar la inspiración de la Escritura, y en vez de eso, miremos lo que Dios mismo dijo que la Escritura haría para nosotros – ¡reprender, amonestar, corregir y entrenarnos en toda santidad! Dios impone sanciones negativas contra nuestro pecado (lea Deuteronomio 28 y luego compare esto con Hebreos 12) así como nos perdona, nos sostiene, nos bendice y nos recompensa. Simplemente porque algunos individuos que odian a Dios, y que juegan con perros y ratas en un laboratorio finalmente descubrieron algunas cosas sobre como aprende la gente, no minimiza el hecho que Dios lo sabía primero, y lo dijo mejor en Su Palabra.

Continuará ...

La Justificación

Dr. James Kennedy

Concluimos, pues, que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la ley.

Romanos 3:28

(Tercera Parte)

La doctrina de la justificación condena todo esfuerzo por parte del hombre de justificarse a sí mismo. Dios es el que justifica — no el hombre. Es una acción — no un proceso. Está cumplida en un abrir y cerrar de ojos. En un instante ha sido completada y perfeccionada para siempre. Es un acto de la libre gracia de Dios. Vemos que fluye de la misericordia del Todopoderoso Dios. No tiene su razón en nada que hayamos hecho nosotros. No somos justificados por nuestras obras; no somos justificados por nuestro carácter; no somos justificados por nuestra virtud o nuestra bondad — de la cual el hombre no regenerado no tiene ni una pizca. Somos justificados solamente por la gracia y el inmerecido favor de Dios.

La justificación no es nada hecho por nosotros o *hecho en* nosotros. La justificación no cambia nuestros corazones, nuestras almas, nuestras vidas ni aun un poquito. Es algo externo a nosotros. Es algo que Dios declara acerca de nosotros. No es como si Dios actuara como un médico o un cirujano en que viene y cambia nuestros corazones. Por cierto que Dios nos cambia internamente. Pero eso es la regeneración y la santificación. La justificación — aquel hecho por el cual comenzamos la vida cristiana — es algo que toma lugar totalmente fuera de nosotros. Es una declaración acerca de nosotros, el acto declarativo de un juez acerca de un pecador. En esta declaración Dios nos declara justos.

Alguna gente tiene problemas con esto. En primer lugar, no entiende lo que significa la palabra *justificar*. Permíteme decir que no significa hacernos santos; no significa hacernos virtuosos, no significa hacernos buenos. Tú no eres mejor un momento después de ser justificado de lo que eras en el momento antes de serlo. No eres ni siquiera un poquito más santo un momento después de ser justificado de lo que eras antes. Es cierto que no podemos separar la justificación y la santificación. Dios ha puesto Su Espíritu en nosotros y va a seguir obrando para santificarnos. Pero nuestra justificación no es algo que viene al fin de ese proceso, una vez que hayamos llegado a un cierto nivel de aceptabilidad. Somos justificados como pecadores impíos. Dios justifica